

COLÓN Y LA POESÍA



I

NINGÚN acontecimiento, entre cuantos en el orden natural registra la historia del género humano, parece más digno y capaz de encender y ejercitar las facultades poéticas que aquel único y estupendo acontecimiento, que según la elocuente expresión de Humboldt, completó la imagen de la tierra, reveló al hombre la armonía del mundo, y se conservará siempre brillante en la memoria de los más remotos siglos. Ninguno parece tampoco, á primera vista, por la riqueza de sus elementos poéticos, tan accesible á la inspiración artística en sus más amplias y varias manifestaciones. Ya Chateaubriand, á quien tan hermosas páginas ha inspirado América en *El Genio del Cristianismo*, afirma que las Cruzadas y el descubrimiento del Nuevo Mundo son los más hermosos temas de poema épico que ofrece la historia. Y así ha sucedido que, desde los años más próximos al maravilloso suceso hasta nuestros días, la poesía, la música, la pintura y la escultura no han cesado de rendirle homenaje en casi todas las naciones modernas. El descubrimiento de un mundo nuevo y la figura sublime á quien principalmente se debe, han sido y son todavía un tema predilecto de la poesía y las bellas artes. Ellos han inspirado siempre amor vehemente y ejercido una fascinación irresistible sobre los ingenios más diversos por su carácter y categoría.

La poesía, á la cual he de contraer exclusivamente mi atención en este estudio, ha contribuído á ese torneo secular por medio de sus más diversas manifestaciones: la epopeya, la leyenda, el poema dramático, el drama y la lírica en sus varias especies.

Y si ha de ser fundamental y completo el recuento de los elementos estéticos, que á través de las letras han honrado al genovés insigne y á su magna empresa, es menester también hacer mérito, aunque sea de paso, de algunas obras históricas que, ya sea accidentalmente, ó ya en su conjunto armónico, sin mengua de la verdad histórica y de la utilidad científica, y con sólo beneficiar la rica veta artística que la mina histórica contiene, respetando esa dulce hermandad que los griegos consagraron entre Calliope y Clio, han logrado darnos una noble impresión estética de la gloriosa y transcendental odisea. Los primitivos cronistas é historiadores de Indias españoles, á vueltas de mil prolijas menudencias, de su tosco y desaliñado estilo, y en suma, de su falta de arte literario, nos encantan en ocasiones con la frescura y el candor pintoresco de sus relatos y con la observación directa y personal de la naturaleza, gráficamente manifestada. Colón mismo fué el primer poeta en su *Diario* y sus cartas, de su magnífica hazaña, por el encanto, ingenuidad y gracia, el amor, el entusiasmo lírico y el profundo sentimiento de la naturaleza con que ensalza y describe la región virgen y espléndida que acababa de revelar al mundo. Una de esas antiguas crónicas, la de Juan de Castellanos ¹ está escrita en verso y en lengua de sabor excelente. En medio de su prolija relación, que se lee con agrado, sin duda por aquello que él dice:

De suyo son gustosas las verdades,

no faltan anécdotas, rasgos y ligeras descripciones de verdadera eficacia poética y de un sabor de realidad, que con las gracias de más artístico estilo deseáramos encontrar con mayor frecuencia en la gran poesía española de la edad de oro. Y hay veces, aunque pocas, en que el cronista se trueca en verdadero poeta aun por el estilo, dejando penetrar hasta el espeso bosque de sus octavas ráfagas dignas de Garcilaso, como cuando exclama:

¡Oh aves, que con lenguas esparcidas
Soléis regocijar las alboradas,
En estas selvas frescas y floridas,
Por los umbrosos ramos derramadas!

Pero en la vastísima serie de trabajos históricos á que han dado tema Colón y el descubrimiento de América, entre los cuales se cuenta el de Lamartine, superficial y débil, aunque escrito con intención artística, á todos vence y sobre todos á gran distancia se encumbra el debido al ilustre escritor norte-americano Washington Irving ². Nuevas investigaciones y documentos podrían rectificar ó poner á más clara luz tales ó cuales hechos ó pormenores de secundaria importancia; pero en lo substancial, en la impresión á la vez histórica y artística del conjunto, en la sencillez y familiar ele-

¹ *Elegías de varones ilustres de Indias*. Las cuatro primeras relatan el descubrimiento de América hasta la muerte de Colón.

² *The life and voyages of Christopher Columbus*.

gancia del estilo, en el elevado é inteligente amor del asunto, nada puede hasta ahora, competir con el admirable relato del escritor mencionado. A través de la obra del historiador, descúbrese en él, sin disonancia ni heterogeneidad alguna, la emoción viva del poeta en una gran corriente de simpatía humana por el gran héroe y la grande empresa que tan prodigiosamente ensancharon la morada y los destinos del hombre. El triunfo de Irving consiste en haber sorprendido la emoción poética en el regazo mismo de la historia y en comunicárnosla sin desprenderla de él ni un sólo instante. Y no sólo resulta su obra inmensamente superior, por la impresión artística, á las demás de su género, sino también á todos los poemas que sobre tan gran asunto se han escrito hasta el día ¹.

Hay, en verdad, trozos de incontestable mérito en la abundantísima poesía inspirada por Colón y su empresa en diferentes literaturas modernas; pero después de una atenta excursión por sus interminables dominios, he adquirido la convicción de que no existe aún, ni en la épica, ni en la dramática, ni en la lírica (á excepción, en ésta, del breve y espléndido rasgo de Schiller), la obra definitiva y gloriosa, digna en un todo de asunto tan transcendental y encumbrado. Después de cuatro siglos, el inmortal navegante está aún esperando al cantor de alta estirpe que consagre poéticamente su gloria. ¿Cómo se explica ese extraordinario fenómeno, siendo tan numerosas las tentativas, tan manifiestos la devoción y el empeño, y tan ilustre en ocasiones el ingenio de los que le han llevado la nobilísima ofrenda?

Causas de muy diverso orden han concurrido, sin duda, á tan poco satisfactorio resultado. En primer término, y por lo que respecta á la epopeya, género á que la inmortal empresa parece más especialmente destinada, hay razones de carácter general, que *hacen desesperado* en los modernos tiempos, como observaba Monti, el caso de dicho género. En nuestra época no existe ese candor, esa fe, esa homogeneidad de ideas y sentimientos, indispensables para constituir el ambiente propicio al florecimiento de la verdadera epopeya. ¿Cómo es posible ser el porta-voz de mil voces diversas y discordantes? Todo es hoy tema de controversias ardientes, y el criterio histórico con que debe juzgarse á Colón, á España y el descubrimiento, lejos de hacer excepción á esta regla, ha recorrido y recorre todavía una inmensa escala, desde la diatriba más insensata hasta el más delirante endiosamiento. Ni siquiera es posible hoy esa epopeya artificial, pero hermosa, del Renacimiento, por el absoluto deterioro y agotamiento de sus recursos y formas tradicionales, que ya en sí mismas no nos inspiran interés alguno.

Á estas dificultades se unen las no menores que surgen de las condiciones especiales del tema mismo. La seducción que él ejerce en los poetas es realmente traidora. Accesible y fácil para quien superficialmente lo mira, el descubrimiento de América es, á mi juicio, uno de los temas más difíciles y arriesgados que pueden ofrecerse á la inspiración poética. La misma magnitud del asunto, su transcendencia inmensa, y

¹ El eminente orador Emilio Castelar acaba de publicar en Madrid una obra sobre Colón, de la cual sólo conozco un hermosísimo capítulo. Ella será, sin duda, una grandiosa pintura, en prosa, del gran genio y del gran acontecimiento.

la plena luz de realidad histórica que sobre él resplandece, hacen ya arduo el manejarlo poéticamente, conservándolo á igual distancia de la leyenda y de la verdad trivial. La acción propiamente dicha, el viaje de Colón, es en sí breve y monótona, de más interés psicológico que épico, más propia para la reflexión que para el relato, y dista mucho de guardar armonía con su transcendencia estupenda. Sin desconocer el arrojado sublime que el viaje en sí mismo representa, él es grande ante todo por sus consecuencias en el antiguo y en el nuevo mundo, en las ciencias filosóficas experimentales, en la historia y los destinos del orbe. Y esas consecuencias no son en su mayor parte inmediatas; ellas han ido gradualmente desenvolviéndose á través de siglos y en regiones diversas, por donde viene á ser una dificultad rayana en lo imposible el reducir tan vasto asunto á unidad orgánica, mostrar como embebido en un hecho un mundo, y descubrir el punto céntrico y la cumbre altísima desde donde ese panorama inmenso soberanamente se domine.

El carácter de Colón, por los múltiples y aun contradictorios elementos que lo forman, así como por la clase de dificultades que tuvo que vencer, y por las asechanzas y persecuciones de que fué víctima, es más bien dramático que épico.

El carácter épico requiere cierta simplicidad homogénea y en cierto modo simbólica, de que no puede ser ejemplo el alma de ese genio superior, mezcla extraordinaria de inspirado y hombre de ciencia, de místico y positivista, de calculador político y caballero. Pero la forma dramática representable será siempre estrecha para una acción histórica tan vasta y transcendente, en la cual la pasión amorosa, generalmente considerada necesaria en el drama, no podría, sin falsedad histórica é incongruencia estética manifiesta, entrar como elemento considerable.

Añádase á las dificultades antedichas las que nacen, especialmente para los escritores europeos, de la indispensable descripción y pintura directa del Nuevo Mundo, en la que ha de huirse á la vez del convencionalismo y vagas generalidades sin significación alguna, y de esos pormenores y menudencias que nada dicen en los grandes conjuntos. Añádase asimismo el inminente peligro de que ciertos adornos y accesorios, que en otra acción menos grandiosa podrían tener importancia, parezcan en ésta pueriles é importunos, y se concederá sin esfuerzo que, en el orden poético, el poema del gran navegante genovés no ofrece menores escollos de los que ofreció, en el histórico y científico, su descubrimiento inmortal.

Veamos ahora, por orden de nacionalidades, qué camino han seguido y hasta qué altura han llegado los que, en el campo de la épica, la dramática y la lírica, han osado aventurarse en esta magna empresa poética.

II

POEMAS NARRATIVOS

No obstante haber coincidido el descubrimiento de América con la alborada de la edad áurea de nuestra literatura, ni un sólo poema épico, entre la considerable can-

tividad de los que en el curso de dos siglos se compusieron, aparece destinado á cantar el gran acontecimiento que transformara la monarquía española en un magnífico y dilatado imperio. No hay motivo alguno para suponer, sin embargo, que ese poema, dado que por entonces se escribiese, hubiera tocado la cumbre de perfección á que no pudieron llegar los mejores épicos literarios de España.

Necesario es llegar al año de 1701 para hallar el primer poema sobre el descubrimiento escrito en lengua castellana, y eso no por un español, sino por un portugués. Llamábase éste Francisco Botello de Moraes y Vasconcelos, y tituló su poema, dedicado á Felipe V, *El Nuevo Mundo*¹. Divídese en diez libros escritos en octavas reales, y fué dado á luz, según advierte el autor en su prefacio, «no concluido ni limado, que era mi ánimo dilatarlo mucho más, gastando en él toda mi vida y estudios». La causa de este apresuramiento, según también advierte, fué el ansia de hacer una demostración en honor del «nuevo espíritu que se hizo sentir en toda la monarquía al primer rumor del nombre de Philippo». Es poema extravagante en grado sumo, alegórico en su esencia, y desesperadamente gongorino por el estilo. La alegoría lo envuelve todo y deja apenas entrever borrosamente la pálida figura de Colón y algunos hechos históricos. Y serían ininteligibles las alegorías, si no fuera por las explicaciones que Pedro de Castro, amigo del autor, va poniendo al frente de cada libro. Aun el mismo comentador se ve forzado en ocasiones á quedarse en el límite de las conjeturas. En cuanto al estilo, baste decir que llama al sol,

Hipérbole hermoso de la esfera;

y añade luego

que turban el viento dulcísimas Babilonias de aves.

La escuela pseudo-clásica del siglo XVIII y primeras décadas del XIX, no dejó poema alguno inspirado por Colón ó su descubrimiento. Pero realizada la irrupción romántica, la nueva escuela se apresuró á rendir artístico homenaje al descubridor por medio de uno de sus tres grandes representantes. Me refiero á la hermosa serie de romances que le dedicó el Duque de Rivas en sus célebres *Romances históricos*, bajo el título de *Recuerdos de un grande hombre*. Fué escrita en Gibraltar en 1837.

El ilustre poeta tuvo el feliz acierto de emplear una de las formas más adecuadas al poema colombino: el romancero. Tienen los *Recuerdos de un grande hombre* ese sabor excelente é inconfundible que da fisonomía propia á los romances del Duque, y hay cuadros trazados con la delicadeza de tintas, á la vez suaves y expresivas, el espontáneo y fácil vuelo de fantasía y el colorido realista que son, en todas sus obras maestras, sus cualidades características. En tal caso se encuentran las deliciosas escenas de Colón en la Rábida, la descripción del bullicio y animación de Córdoba, la pintura de la reina Isabel y su entrevista con el tenaz y elocuente marino, cuando se-

¹ *El Nuevo Mundo*, poema heroico de D. Francisco Botello de Moraes y Vasconcelos con las alegorías de D. Pedro de Castro, Cavallero Andaluz... Barcelona, en la Imprenta de Ivan Pablo Marti, por Francisco Barnola, Impresor, Año 1701.

gún la hermosísima tradición, la reina de Castilla le entrega sus joyas para costear la empresa. La pintura del Ángel que, mientras Isabel habla llena de inspiración y fuego al desprenderse las joyas, ciñe á sus sienes *corona eterna de luceros y de soles*, es de gran eficacia poética y da al cuadro un toque luminoso de soberbio efecto. También ha tratado el Duque con habilidad suma los amores de Colón con Doña Beatriz Enríquez, no como mero elemento romanesco, lo que hubiera sido incongruente, sino como resorte importante de la acción principal del poema, por la influencia que Beatriz ejerce en la permanencia de Colón en España y en la gestión de su proyecto.

Con todo esto, la obra del Duque de Rivas resulta insuficiente y en su conjunto sabe á poco. Á la hermosa escena entre Colón y la reina, sigue precipitadamente la conclusión, en donde se hace una pintura superficial del viaje, seguida de otra final muy débil del descubrimiento de la nueva tierra y de la humillación á Colón de los que hubieron de sublevársele durante la travesía. Además de esto, el poeta parece haberse encariñado más con los accesorios pintorescos que le ofrecía su asunto, que con la esencia y el alma del asunto mismo, por lo cual no deja su poema esa impresión profunda, esa vibración íntima que es el mayor triunfo de la poesía y que la grandeza del tema reclamaba más imperiosamente en este caso. Si hubiese dado más desarrollo á su obra, poniendo en el centro y fin de la acción igual empeño, ó todavía mayor, que el aplicado á los preliminares de la misma, tendríamos hoy probablemente en lengua Castellana el poema que falta en las literaturas modernas.

Ya en la decadencia del romanticismo, en el año de 1853, otro poeta glorioso, el autor del *Drama universal* y de los *Pequeños poemas*, abordó también el arduo asunto con su poema *Colón*, en dieciséis cantos y en octavas reales. Por desgracia, la obra no correspondió en modo alguno á la seriedad del esfuerzo ni á las altas facultades del poeta, antes es quizá la más débil y defectuosa de las suyas. La causa fundamental de esta caída estriba, á mi entender, en que, en vez de ir el poeta á su asunto, para armonizar con él su concepción y su estilo, ha llevado el asunto hasta él, impregnándolo de las personalísimas excentricidades de su espíritu, de su humorismo filosófico, y hasta de sus caprichos y travesuras de estilo. Ha resultado así, en vez de un poema objetivo, una poesía lírica eminentemente campoamoriana, una larga *Dolora*, en fin, forma absolutamente inadecuada al relato de una empresa tan vasta y de tan soberbia plenitud histórica. En ella todo el picante atractivo de la forma predilecta del poeta se trueca en violencia y amaneramiento. El asunto, por su extensión é índole, no podía caber en el molde personal del escritor insigne. Produce en mí esta obra una impresión algo análoga á la que podría causar un espectáculo de juegos malabares en la cumbre de una montaña ó en medio de la inmensidad del Océano. ¿Qué decir de ese modo extravagante y cortado de comenzar el relato, zuriendo en un mismo verso los datos más incongruentes?

Año noventa y dos.—¡Arrecia el viento!...

Siglo quince.—¡La brisa va en aumento!

Á fin de dar variedad á la acción, cuyos extremos son la salida de Palos y la llegada á América, el poeta ha buscado modo de contar, en medio de ella, la historia de Colón, la de España y la del género humano. La primera está traída naturalmente y hacía falta. Las dos últimas son artificiosas é impertinentes.

Humoradas del poeta. ¿Dónde hay extravagancia igual á la de hacer que aquellos rudos marinos se diviertan viendo la historia del mundo y sus grandes personajes, desde Pitágoras hasta Mahoma, en las nubes que pasan? El último canto es una larga revista, hecha por las figuras alegóricas en que abunda el poema, de las principales regiones y pueblos del globo. Ella es pobre en sí y muy mal pegada á la acción. Pero aún son más impertinentes las pedantescas filosofías del genio de la Atlántida, en el canto X.

En cuanto á los personajes del poema, todos, de Colón abajo, hablan notoriamente con las ideas y en el estilo y lenguaje del autor, sin que guarden ni la relación más remota con su índole personal ni con el tiempo en que se desenvuelve la acción.

Claro está que siendo este poema obra de Campoamor, y obra larga, no podía ir completamente desnuda de bellezas sobresalientes. Las hay, en verdad, en rasgos sueltos y expresiones felices, y principalmente en dos episodios de amor: el que se refleja en la carta de Beatriz Enríquez á Colón, y el de Rodrigo de Triana y Zaida, no obstante la inverosimilitud con que se hace llegar á ésta última á la carabela de Colón, ya puesta en marcha. Pero para apreciar la belleza de esas escenas y expresiones de amor, es menester considerarlas como separadas del poema, procurando olvidar que están embutidas en una obra inspirada por Colón y el descubrimiento del Nuevo Mundo. También es hermosa la pintura que hace Marchena, en su supuesta carta á Colón, de la aflicción y tumulto producidos en Palos por la partida de la flota. Pero nada de esto puede compensar, ni con mucho, los insanables y fundamentales defectos de la obra decididamente mala en su conjunto.

Algunos años más tarde ¹ se publicó el *Romancero de Colón*, obra póstuma de un poeta obscuro, D. Ventura García Escobar. Precédela un prólogo de Ventura Ruiz Aguilera, á cuyo cargo estuvo la corrección é impresión del manuscrito. El ilustre autor de las *Elegías* no hizo ni quiso hacer, en el prefacio mencionado, obra de crítico, sino de amigo, respetuoso y dolorido ante la tumba recién abierta del autor del poema. Quiso éste, sin duda, realizar de una manera extensa y completa el poema que el Duque de Rivas había dejado sólo deliciosamente esbozado en su serie de romances; pero sus fuerzas distaban infinito de las del autor de *El Moro expósito*. El *Romancero*, además de un prólogo y varios romances destinados á generalidades y pinturas de época, abarca la vida de Colón desde su primera juventud hasta su solemne y triunfal recepción en Barcelona por los Reyes Católicos. Predomina en él un carácter romanesco bastante vulgar, y gran parte se emplea en narrar una serie de supuestas aventuras, amorosas y caballerescas, del descubridor de América. Á este fundamental desacierto añádase ese estilo constantemente vulgar y verboso de la

¹ Madrid, 1866.

medianía española, y se tendrá una idea de este poema, que no añade página alguna á nuestra poesía.

Por el mismo tiempo hallamos en la segunda colección poética de Campillo ¹, bajo el título de *Colón*, cinco elegantes y bien escritos romances (uno de introducción y cuatro relativos á la llegada de Colón á la Rábida y á su salida de ella para la corte). Sin la riqueza poética de los del Duque de Rivas, su tono está, sin embargo, más en armonía con la gravedad y transcendencia del asunto, y se nota al instante que una emoción sincera los ha dictado. El último de ellos lleva una nota en la que el autor advierte que esos romances forman parte de una colección independiente, próxima á publicarse bajo el título de *Romancero de Colón*. Ignoro si tal obra existe, ó si quedó en proyecto.

En el mismo caso me encuentro con respecto al *Romancero de Colón* anunciado por José Velarde en el *Almanaque de la Ilustración* correspondiente al año de 1887, donde se publicó su prólogo, que no ofrece nada de particular.

Aunque sólo á título de dato bibliográfico, porque es muy mala, puede también mencionarse *La fe*, composición relativa al descubrimiento de América, en variedad de metros, por D. Eduardo Lustonó. Fué premiada en el certamen poético promovido en honor de Colón por la Sociedad Colombina Onubense, el 3 de Agosto de 1880. Publicóse en la *Revista Hispano-americana*.

La prematura muerte del eminente poeta valenciano Querol, ha privado muy probablemente á España de una obra maestra sobre el descubrimiento de América. En el número de Noviembre de 1890 de *La España Moderna*, bajo el rubro de *Última poesía de Vicente W. Querol*, se publicó un fragmento póstumo, que no es más que el principio de un poema, en endecasílabos asonantados, repartidos en dieciséis estrofas de doce versos cada una, y siete versos y medio de la décimo-séptima. Fué todo lo que alcanzó á escribir el poeta. Querol, menos conocido y apreciado que muchos otros que le son notoriamente inferiores, es, en mi sentir, uno de los mayores poetas que ha tenido España en este siglo, y sin duda alguna uno de los más eminentes entre los líricos castellanos de todos los tiempos. Sus nobilísimas facultades poéticas, así como la índole peculiar de su inspiración, la hermosura del citado fragmento, y la perfecta comprensión de la índole del asunto que en él claramente se revela, hacen pensar sin temeridad que en el secular torneo de la poesía colombina, de concederle Dios más larga vida, de Querol habría sido definitivamente la victoria. La belleza del fragmento es tal como para hacernos lamentar eternamente la pérdida del poema de que es espléndido pórtico. Nos presenta el poeta las carabelas, solitarias en pleno mar, en noche estrellada, cuando ya llevan sesenta días de navegación, esto es, poco antes de tocar tierra.

Sainte-Beuve, al juzgar la composición de Casimiro Delavigne, *Trois jours de Christophe Colombo*, de que hablaré más adelante, halla muy mal que el poeta haga dormir á Colón en los momentos que preceden al grito de ¡tierra!, á fin de que vea

¹ Nuevas poesías, Cádiz, 1867.

en sueños los destinos de América hasta La Fayette y Bolívar. «Ese largo sueño de Colón (dice el célebre crítico), mucho menos verosímil que el de Alejandro ó de Condé, la víspera de una batalla cuyas disposiciones están tomadas de antemano, me recuerda el velo mezquinamente ingenioso que un pintor griego, en un cuadro de Ifigenia, arrojó sobre el rostro de Agamenón. Tentativa menos fácil y más bella hubiera sido abordar el alma del grande hombre, revelarla, no por expresiones generales que lo mismo pudieran convenir al metrómano durante la representación de su tragedia, sino por un rápido y fuerte análisis sólo aplicable á Colón entre todos.»¹ Yo no sé si Querol conocía ó recordaba estas apreciaciones del gran crítico; pero es lo cierto que, en este punto, ha realizado su ideal á maravilla, dando á esta parte de su obra el carácter psicológico que únicamente le convenía, sin perjuicio de producir en nosotros, al mismo tiempo, la sensación poderosa del ambiente exterior y de las bellezas naturales,

Que la incesante creación divina
Con el misterio del amor engendra
Nuevos astros de luz sobre los cielos
Y sobre el ancho mar las islas nuevas.

La emoción y dificultades del viaje, la sensación de la naturaleza circunstante, de la formidable y desconocida inmensidad en que las naves se iban audazmente engolfando, están dadas de mano maestra en esta hermosa estrofa:

¿Quiénes son? ¿Dónde van? Sesenta veces
Cruzó ya el sol por su perpetua senda,
Y en rumbo igual las ignoradas naves
Miró avanzando al Occidente vueltas.
Las olas á las olas preguntaban
Su designio insensato. Sus cabezas
Los monstruos de aquel piélago irascible
Alzaban por mirarlas. Las tormentas
Les vedaban el paso. Su agorero
Grito el alción lanzaba entre las velas,
Y hasta el viento, negándoles su ayuda,
Plegó en calma sus alas siempre abiertas.

Pero lo mejor del fragmento es, sin duda, la pintura de Colón y del interno drama de su espíritu en tan sublimes momentos. He aquí un magnífico retrato del gran navegante:

Sólo allá, en el mayor de los tres buques,
De pie sobre la proa, un hombre vela;
Alto, fornido; los nervudos brazos
Cruzados sobre el pecho; en la serena
Frente desnuda, la claror dudosa
Que baña sus guedejas cenicientas,
Forma un nimbo de gloria; en la mirada,

¹ *Portraits contemporains*, tomo V, páginas 473 y 474 (Apéndice).

Limpia y azul, las lumbres centellean
 Del encendido espíritu, y sus labios
 Trémulos hablan con las sombras densas.

En ese tremendo drama íntimo que el poeta desentraña, en esa

horrenda fiebre
 Que de aquel nauta en la razón incierta
 Locas visiones pavorosas finge,
 Ó alegres mundos luminosos crea,

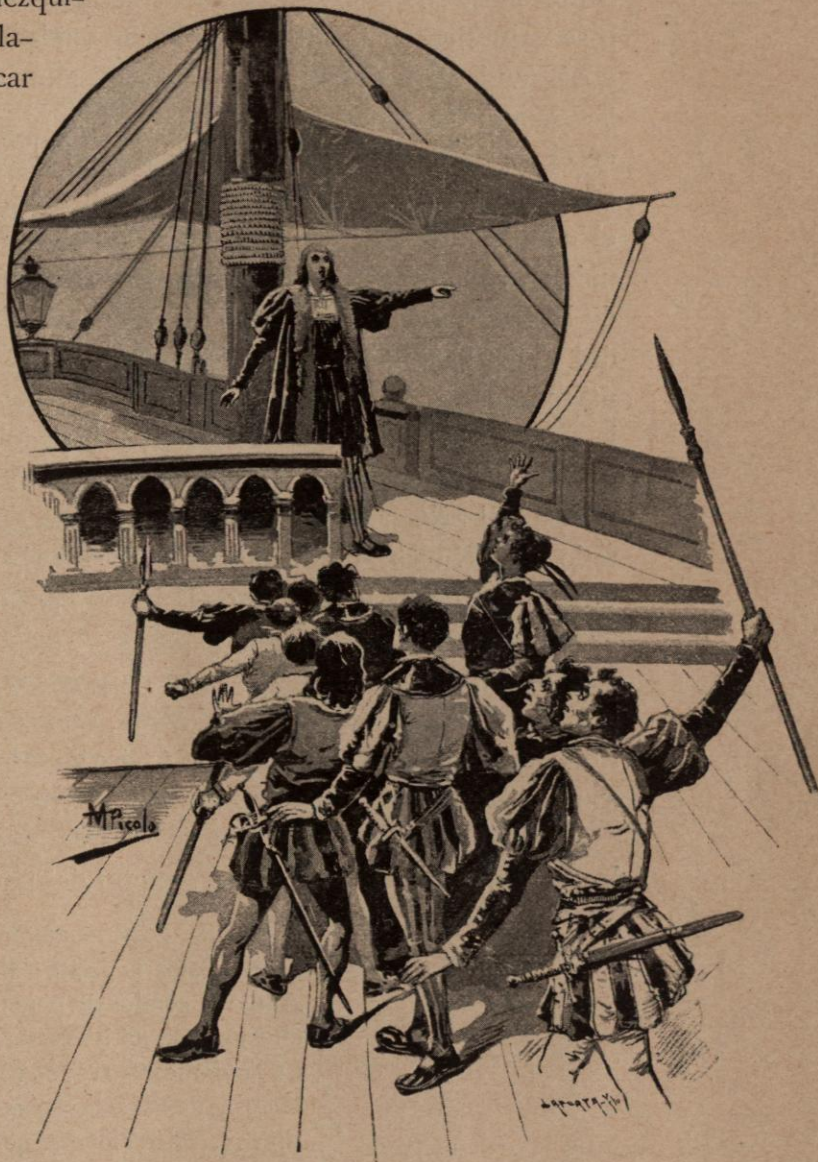
parte se refiere al terrible problema que tiene delante y de cuya solución depende, así su propia gloria ó su vergüenza eternas, como el porvenir del mundo; y parte al recuerdo de su pasado, naturalísimo en tales circunstancias, y que da ocasión al poeta para tender una rápida mirada sobre la vida de Colón y los antecedentes de su empresa. En esto, como en todo, se atiende con preferencia á dar una impresión sintética de las luchas, contrariedades y afectos experimentados por el genial marino, dejando de lado toda menudencia histórica, todo hecho singular que pudiera distraer la imaginación de la incomparable grandiosidad del conjunto. De las cinco hermosas estrofas dedicadas á esos recuerdos, deben señalarse las marcadas con los números XIV y XV como dos verdaderas joyas. Por todo lo cual se verá que si, por desgracia, el fragmento es corto, Querol ha sabido aprovecharlo poniendo en él muchas cosas.

La solemne celebración del IV Centenario del descubrimiento de América no podía menos de provocar nuevas manifestaciones artísticas inspiradas por el magno acontecimiento. Al certamen poético abierto con tal motivo por la Real Academia Española se han presentado sesenta y seis composiciones, y es de suponer que algunas serían de carácter narrativo. La Academia no ha hallado, sin embargo, ninguna á la altura del asunto y de la ocasión del concurso, y este hecho, aun atribuyéndolo en parte á la debilidad poética de muchos de los aspirantes, en otra puede servir para comprobar una vez más la enorme dificultad del tema, á que antes me he referido.

Entre las poesías escritas ó publicadas con ocasión del Centenario, de un solo poema histórico tengo noticia: el que con el título de *Cristóbal Colón* ha dado á luz, en edición lujosa, el Sr. D. José Lamarque de Novoa. Sólo conozco de él parte del prólogo, en prosa, y un cortísimo fragmento relativo al embarque en Palos, que nada deja entrever del mérito del poema. El autor ha querido protestar noblemente, en las palabras con que precede su obra, contra el afán de deprimir á Colón que con ocasión del Centenario han manifestado algunos escritores peninsulares, ensalzando exageradamente á los que fueron sus auxiliares inteligentes, y aun á los que le hicieron la más odiosa, desleal y encarnizada guerra. Nadie que tenga juicio podrá llevar á mal que una severa crítica histórica depure la figura del gran navegante de los idealismos casi sobrehumanos con que algunos escritores y el sentimiento popular se han complacido en revestirle; ni que, al lado de sus cualidades extraordinarias, se enumeren y pongan en claro los defectos ó deficiencias con que hubo de pagar tri-

buto á las condiciones ineludibles de la humana naturaleza. Nada más laudable tampoco que el hacer cumplida justicia á los ilustres españoles que de un modo ú otro le secundaron en su empresa, y que los celos y rivalidades de otras naciones han procurado constantemente deprimir. La inmensa gloria de Colón nada tiene que temer por esto: ella está por cima de toda discusión y de toda duda. Pero sí debe reprobarse enérgicamente ese prurito mezquino, esa manifiesta y nada noble complacencia con que acuden algunos á rebuscar cuantos datos puedan parecer desfavorables al genial marino, en su carácter ó en sus hechos, para presentarlos luego con aire de triunfo, dándoles mucha mayor importancia de la que realmente tienen. En cambio, cuando reconocen, porque no pueden menos, á pesar de todo, la grandeza del héroe, lo hacen de mala gana y llenos de reticencias, empeñándose en alzar insensatamente á su nivel á los que sólo pueden ser considerados como eximios auxiliares suyos, y olvidando que es mucho más noble y más digno el entusiasmo por su gloria inspirado, que el recuerdo insistente de esos inevitables defectos, que en nada pueden empañarla. Á ese paso, olvidando la impresión del conjunto, se acabará por forjar á su respecto una leyenda *naturalista*, verdaderamente odiosa, y mil veces más falsa que la que se pretende destruir. En esto doy completa razón al Sr. Lamarque de Novoa. El hermoso capítulo de la obra de Castelar, de que antes hice mención, podría enseñar á muchos cómo se pueden declarar con entera franqueza los defectos de un genio y las misteriosas contradicciones de su carácter, sin complacencia y por imperiosa necesidad de la crítica, y aun encendiéndose en su admiración y dejando trascender del conjunto esa emoción viva y grande que en toda alma noble levantan siempre los elegidos de Dios.

El poeta español José García Velloso, há tiempo establecido entre nosotros, tiene también ahora en preparación un poema *Colón*, del cual conozco el plan general y el



primer canto ¹. El modo como el Sr. Velloso ha concebido el poema tiene novedad, y á mi juicio merece aplauso. Sale del molde común del poema histórico, en que el poeta, renunciando á una verdadera concepción poética del asunto, se limita á bordar cronológicamente la serie de hechos que dieron por resultado el descubrimiento de América. Velloso quiere dar á su obra una arquitectura propia, y partiendo del concepto de que la unión del genio y de la civilización europea con la rica y esplendorosa naturaleza americana, es el hecho fundamental de la historia, destinado á cambiar y engrandecer los destinos del hombre sobre la tierra, procede por grandes personificaciones, de América, donde comienza el poema, en el primer canto, del Océano en el segundo, del genio de Colón en el tercero, del genio de la raza española en el cuarto, donde piensa presentar el gran cuadro del descubrimiento y conquista, y en el quinto y último del espíritu de independencia, creador de naciones en América, unidas, sin embargo, perpetuamente á su antigua madre por los amorosos vínculos de la sangre, de la religión y de la lengua. En esta concepción, merced á la cual podrá el poeta dominar desde una alta cumbre todo el inmenso panorama de su magnífico asunto, deben entrar elementos épicos, dramáticos y líricos, y la novedad de la forma general corresponderá así á la índole excepcional y singularísima del tema que se propone cantar. De desear es que la ejecución responda á tan hermoso programa. El primer canto, único hasta ahora publicado, es de buen augurio. Habla en todo él el Nuevo Mundo, haciendo la descripción y pintura de sus esplendores naturales, pero echando de menos la luz del pensamiento, que anhela, presiente y llama ardorosamente. Quizá pudiera desearse más gradación y enlace en el desarrollo de este canto, mayor nitidez y vigor de pensamiento; pero hay riqueza de imágenes, y la pintura de la naturaleza americana, que es su objeto y carácter esencial, es superior, por más verdadera y directa, á cuantas han ensayado sus predecesores en este asunto. Verdad es que el residir en América le ofrecía incontestables ventajas.

He aquí una estrofa que puede considerarse como la síntesis del canto primero, en la cual se contiene el concepto general del poema:

¿Dónde, pues, encontrar de mis anhelos
La guirnalda nupcial? ¿Dónde se encierra
Altivo el cóndor de potentes vuelos
Que alzando mi hermosura de la tierra
La lleve á coronarse con los cielos?
Ese rey de los soles soberano
Eres tú, dulce alondra, que aleteas
Gala y orgullo del pensil lozano
En que cantan su *Excelsior* las ideas:
¡Eres tú solo, pensamiento humano!
¡Oh! yo te imploro, ven: de mis amores
Quiero regar las perfumadas flores
En la inexhausta fuente de tu vida,

¹ Publicados en nuestro periódico *La Prensa*, en su número especial del 12 de Octubre de 1892.

Y abrasarme con ellas encendida
Al calor de tus besos redentores.
Yo soy la diosa que gentil fulgura
Y en inviolado mundo se destaca,
Para ofrecerte, llena de ternura,
Con el virgen olor de mi hermosura
Su fresca desnudez paradisiaca.
Ven: como ramas de la selva umbría
Enlázese tu boca con la mía,
Y que los genios del placer, sumisos,
Escuchen asombrados la armonía
Del beso que se dan dos paraísos:
Armonía tan sólo semejante
A la del beso amante,
Que á estremecer sus senos más profundos,
Se dirigen las almas de los mundos
Al rodar en sus ejes de diamante.

Véanse ahora algunos de sus hermosos rasgos descriptivos, que recuerdan el arte delicioso de Bello:

En mí naturaleza
Contraste haciendo á la expresión que imprime
El pálido terror en su belleza
Sumergida en el mar de lo sublime,
Para que llena de feliz encanto
Más dulces horas á mi vida libre,
Como dos alas cariñosas abre
En regia pompa mi florido manto.
En él, rico en fragancia
El plátano pomposo
A perfumar mi cabellera escancia
Con pródiga abundancia
El fresco jugo de su tronco airoso.
Del aura á las querellas
Abre sus hojas como verdes cintas,
Para tejer con ellas
Su parasol de delicadas tintas;
Y á su apacible sombra resguardados
Los canastillos de sus frutos mece,
Y del verano en la estación me ofrece
El ámbar en racimos sazonados.
De mi suelo feliz rica presea
Del hombre á la indolencia, y altanero,
Sus codiciados globos balancea
En su rama floral el cocotero,
Licor y fruta, en su recinto breve,
La urna fibrosa, con el agua helada
Que á mitigar su sed el labio bebe

Me brinda á sus cortezas apretada,
La dulce almendra que amasó con nieve.

Del llano en el confin, donde se oculta
El más rico florón de mi corona,
Y ruda virgen de melena inculta
En fuegos arde la caliente zona,
El soconusco, ufano,
Con los tesoros que le dió el verano
Al rico acervo de mis trojes llega,
Y blando al ruego de mi amor, entrega
En cárcel de rubí su pardo grano.

Gallarda y opulenta
La dulce planta del maizal sonoro,
Toda es oro en sazón cuando presenta
Sus esplendores para mí, y ostenta
De sus frutos opimos el tesoro:
Oro el grano que aprietan sus panojas,
Oro las hebras de su frente, y oro
El cerrado abanico de sus hojas.

Del ananá la piña delicada
Que brota de mi edén en los verjeles,
Por mí solicitada,
Abre, ya sazónada,
De su esquiva corteza los dinteles:
Y de mi ruego amante á los accesos,
Con el dulzor de sus primeras mieles
Me da el dulzor de sus primeros besos.

De la escondida selva en el regazo
La vainilla olorosa
Se arrastra en busca del amante abrazo
Que la reciba en su ascensión gloriosa:
Hasta que ya vecina
La estación que germina
Al soplo bienhechor de los amores,
En la más alta copa se levanta
Para ceñir á mi real garganta
Los purpúreos collares de sus flores.

Tostado por el sol esplendoroso,
Y á aletargar el ánimo cobarde,
El tabaco aromoso
Cual suave antorcha de mis sueños arde;
Fingiendo á veces, cuando el cielo envía
De sus vapores la columna blanca,
Un rayo de alegría,
Que á mi afligido corazón arranca
Su salvaje y feroz melancolía.

Otras bellezas descriptivas encierra este canto; pero no quiero extender más esta cita.

La poesía hispano-americana, que, aunque con poco feliz resultado, ha rendido á Colón en la lírica largo tributo, no ofrece poema narrativo alguno destinado á cantarle. Explícate esto por el vencedor predominio que el lirismo ha ejercido en toda ella. Hay, sin embargo, dos cantos épicos: uno del cubano Narciso Foxá, premiado por el Liceo de la Habana en 1846; otro del venezolano-español Heriberto García de Quevedo, escrito en 1849. Ninguno de los dos excede de la vulgar medianía, bien que el último descubra experiencia de escritor, y se anime algún tanto en las tres últimas octavas, de carácter lírico.

Existe también una especie de poemita lírico narrativo, en que el relato se interrumpe á cada paso para dar lugar á expansiones líricas, debido al poeta mejicano José Peón y Contreras, y titulado *Trovas colombinas*. Se divide en cuarenta y ocho trovas cortísimas, por el estilo de las *Rimas* de Becquer, y su sabor es completamente romántico. La narración abarca desde la llegada de Colón á Portugal como náufrago hasta el descubrimiento de América. No pasa la obra de mediana, y esa mezcla de narración y lirismo, así como el tono de poesía romántica subjetiva que en ella predomina, tan poco adecuado al asunto, producen un todo heterogéneo y extravagante.

No sé que exista en la literatura regional catalana poema alguno relativo á Colón. Pero de todos modos, Cataluña le ha llevado su ofrenda por medio de uno de sus más inspirados poetas, el cantor de la *Atlántida*. La conclusión ó epílogo de este hermoso poema lleva el nombre de *Colón*, y á él está dedicado. Píntase allí en síntesis el cuadro de la gran empresa con vigor y frescura de colorido, y con sólo tocar los puntos culminantes, ha logrado el poeta producir una impresión mucho más eficaz y grandiosa que cuantos se han detenido en la relación menuda de los hechos. *El sueño de Isabel* es delicadísimo, y nadie ha interpretado tan poéticamente la célebre tradición de la venta de las joyas como Verdaguer, cuando hace decir á la egregia Reina:

Vetaquí, Colón, mes foyes
 Compra, compra alades naus
 Yo m'ornaré ab bonicoyes
 Violetes y capblaus.

En la poesía portuguesa no he podido hallar obra de ningún género inspirada por Colón ó el descubrimiento de América. Este singular desvío es muy digno de notarse, por la armonía que guarda con el espíritu de algunos historiadores de la misma nación, como Juan Barros, que hacia 1552 llamaba á Colón *homen fallador, e glorioso em mostrar suas habilidades, e de imaginações con sua Ilha Cypango*. ¡Tan cierto es, dice Humboldt comentando este pasaje, que en todos los siglos y en todos los grados de civilización los odios nacionales se han esforzado por obscurecer el brillo de los nombres ilustres!

Existe, sí, en lengua portuguesa un extenso poema, *Colombo*¹, pero debido á un escritor brasileño, Manuel de Araujo Porto-Alegre. Es la obra poética de más em-

¹ Río de Janeiro, 1866; dos volúmenes.

peño que sobre el tema se ha escrito en lengua alguna. Consta de cuarenta cantos y un largo prólogo en verso suelto, y abarca desde la rendición de Granada hasta la muerte de Colón. Desde el primer instante se advierte la mano de un poeta distinguido, dueño de todos los secretos de su arte. El estilo es constantemente terso, puro y elegantísimo, aunque por demás cargado de adjetivos; abundan las descripciones brillantes, hechas con gran abundancia y soltura, así de monumentos artísticos como de bellezas naturales, bien que las últimas, y especialmente las que á América se refieren, más á menudo parecen obra de un geógrafo elocuente, maestro del estilo, que de un poeta capaz de sentir con intensidad la naturaleza y de ponerla *determinadamente* de relieve ante nuestros ojos. No obstante los méritos apuntados, el poema resulta de muy pesada lectura, por su prolijidad y por fundamental defecto del plan. La acción se suspende desde el canto décimo hasta el vigésimo quinto para dar lugar á un larguísimo episodio fantástico-diabólico, destinado, en parte, á encerrar artificiosamente en ella sus consecuencias transcendentales á través de los siglos. Supone el autor que las carabelas, ya en pleno Océano, llegan á una isla fantástica, donde un demonio pretende desviar á Colón de su intento, á fin de que no se conquiste para la Cruz el Nuevo Mundo. Colón resiste amenazas y tentaciones, y el demonio, sometido á su fe y á su genio, le lleva al fondo del mar, en una especie de viaje infernal, y pone allí ante su vista la esfera terrestre y todos sus secretos geográficos. Con tal motivo, y desplegando gran lujo de erudición, hace el demonio larga reseña de los pueblos antiguos de Europa y Asia, de sus creencias, civilización y costumbres, y luego de los de América, en particular del imperio azteca y del de los incas, con la genealogía y la historia de sus príncipes, y termina dejando columbrar á Colón los grandes hechos futuros que tendrán por teatro esta parte del mundo hasta la constitución del imperio del Brasil. Fuera de lo que todo esto tiene de pesado en sí mismo, y de la poca ó ninguna relación que guarda con el poema cuanto se refiere á la India, Grecia y Roma, ofrece el gravísimo inconveniente de presentar á Colón perfectamente informado con respecto á América, de lo que ignoraba durante su viaje y siguió ignorando hasta el último día de su vida. Quiso el autor remediar esto haciendo que el demonio, al devolver á Colón á sus carabelas, borre de su espíritu el recuerdo de cuanto acababa de revelar, con lo cual salta á la vista el artificio, pues ese considerable episodio, que ocupa más de la tercera parte del poema, resulta sin influencia alguna en la acción del mismo, y sólo adherido á él como caprichoso pegadizo. A esto se agrega el mal no menos grave que hace á una acción como ésta, tan vigorosa de realidad histórica, y á un carácter como el de Colón, el presentarlos envueltos en esos espesos velos fantásticos. Colón, luchando á brazo partido con demonios, y convertido en exorcista, es verdaderamente inconcebible. Si máquina cabe en un asunto como éste, entiendo que ella debe ser manejada de muy diferente modo, con gran sobriedad y altura, al solo efecto de mostrarnos el *viento providencial* que impulsaba las naves del inmortal navegante.

Ofende también en este poema la facilidad con que se ha dado entrada á cuantas

especies calumniosas se han echado á volar por escritores extranjeros poco escrupulosos, respecto de algunos españoles que tomaron parte principal en la empresa, y, en general, respecto de la acción de España en el descubrimiento y conquista de América. Baste decir que Martín Alonso Pinzón aparece como principal instigador y caudillo del motín de las carabelas. Resulta así Colón un sér sobrenatural, y su empresa llevada á cabo por arte de encantamiento ¹.

Lo primero que hallamos en la literatura italiana, relativo á poesía colombina, es una especie de paráfrasis en verso de la primera carta de Colón, hecha en 1493 por Giuliano Dati, obispo de San Leone, teólogo y canonista. Consta de sesenta y ocho octavas, de las cuales las catorce primeras se emplean en alabanzas de personajes diversos. No hay que buscar mérito poético ni literario en esos toscos y pobrísimos versos. Baste citarlos á título de curiosidad bibliográfica, y por ser, sin duda alguna, los primeros que Colón ha inspirado, publicados á raíz de su descubrimiento.

Pero todavía se puede relacionar el tema con un poema anterior al primer viaje de Colón, recordando que Pulci, en su *Morgante Maggiore*, publicado en 1482, afirma que la tierra es esférica, que es falso que las columnas de Hércules sean el último límite de Occidente; anuncia que las naves *irán más adelante*, y que existen en esa dirección ciudades é imperios desconocidos. He aquí las dos octavas del canto XXV, en que todo eso está claramente expresado:

Sappi que questa opinione é vana,
Perché piú oltre navicar si puote,
Pero'che l'acqua in ogni parte è piana,
Benché la Terra abbi forma di ruote;
Era piú grossa allor la gente humana,
Tal che potrebbe arrossirne le gote
Ercole ancor, d'aver posti que' segui
Perché piú oltre passeranno i legni.

E puossi andar giú nell'altro emisferio,
Pero'che al centro ogni cosa reprime:
Sicché la terra per divin misterio
Sospesa sta fra le stelle sublime;
E laggiú son città, castella, e imperio,
Ma no'l cognobbon quelle genti prime:
Vedi che il sol di camminar s'affretta,
Done io ti dico, che laggiú s'aspetta.

También se liga con el descubrimiento de América el célebre poema latino de Fracastoro, *Syphilidis* (Verona, 1530), en el cual ha sabido el poeta sacar natural-

¹ Este espíritu calumnioso, tan propagado en las naciones rivales, que no supieron ó no pudieron realizar la más grande empresa de la historia, ha traído en estos últimos tiempos una reacción violenta en algunos escritores de España, á que antes me he referido. El Sr. Fernández Duro, en su libro sobre Martín Alonso Pinzón, por no dársela á Colón, acaba por otorgar á Dios la gloria del descubrimiento (página 324). El mismo señor, en una conferencia del Ateneo, pone á Pinzón á nivel del descubridor, si no más alto, fundándose en que sin el primero el segundo no hubiera podido llevar á feliz término su empresa. La razón no puede ser más fútil, pues es de toda evidencia que un hombre solo, sin auxilio de nadie, no podría nunca realizar nada, por grande y sabio que fuese. Por mucho que se ensalce á Pinzón, reconociendo sus eminentes servicios (sin olvidar su grave falta), entre él y Colón habrá siempre un abismo.

mente un rayo de poesía de un tema inmundo, al revés de muchos naturalistas de nuestros días, empeñados en descubrir inmundicias hasta en las cosas más santas. El libro tercero, último del poema, está destinado á exponer el origen del mal, que, según el autor y la común creencia, fué llevado á Europa de América, donde es indígena. Un salvaje americano narrando á europeos la historia de la enfermedad, dice que habiendo un día el pastor Sifilo injuriado gravemente al Sol y negándole adoración porque abrasaba los campos y hacía morir los animales, el astro indignado fulminó con la terrible dolencia al soberbio rebelde y á cuantos siguieron su ejemplo. Consultada por éstos la ninfa América, les reveló el motivo del mal y les dió por remedio un árbol benéfico que crecía en las selvas. El mal de Sifilo se propagó por Europa.

Siphilidemque ab eo labem dixere coloni.

Para honor de nuestro Continente, que no sale nada favorecido de la inspiración poética de Fracastoro, apresúrome á agregar que el incidente americano de su bello poema descansa en un supuesto falso. El ilustre profesor inglés Creighton, discutiendo sobre el origen de la enfermedad, lejos de atribuírselo á América, á la que ni siquiera menciona, afirma que «es casi seguro que el mismo mal, con síntomas de infección constitucional, se había desarrollado en varias partes del mundo antiguo bajo circunstancias análogas», y añade que el gran recrudescimiento que lo presentó como una enfermedad nueva en Francia, Italia y España, se efectuó hacia 1490, es decir, unos dos años antes del descubrimiento de América ¹. De todos modos, se ve claro que el poeta ha querido atribuir el verdadero origen del mal, que en su obra aparece como símbolo ó compendio de muchos otros, á la insolente rebeldía del hombre contra las leyes de la naturaleza y á la atmósfera abrasadora de las regiones tropicales. En tal explicación se muestran á un tiempo el filósofo y el médico.

Poco tiempo después, en el mismo siglo, el gran Torcuato dedicaba á América y á Colón seis bellísimas octavas de su inmortal poema ², proclamando tal materia *di poema dignissima e d'istoria*.

Parece que él mismo tuvo el designio de alzar un monumento poético al maravilloso suceso; si así fué, no pudo, por desgracia, llevarlo á cabo.

La tentativa de un poema épico por entero dedicado á ese asunto la hicieron otros, pocos años después, aunque con mala fortuna, y el primero de todos Giorgini, cuyo ejemplo siguió luego Stigliani ³. Estos poemas están hoy completamente olvidados, y no he podido obtenerlos. Según Steiner ⁴, el primero desconoció la grandeza del héroe, y dió, en vez de un poema, una crónica en octavas. El segundo, faltando á la verdad histórica, pintó á Colón como conquistador, entremezclando las armas y los amores, como el Tasso en la *Jerusalén*. Poetas obscurísimos ambos, fracasaron en su intento, quedando muy por debajo de la grandeza del tema.

¹ *Encyclopædia Britannica*, vol. XVIII, pág. 404.

² Canto XV, estrofas 27, 28, 29, 30, 31 y 32.

³ Este último publicó su poema, bajo el título de *Il Mondo Nuovo*, en 1625. Consta de treinta y dos cantos.

⁴ *Colombo nella poesia epica italiana*, Voghera. Gatti, 1891.

No fueron más afortunados en sus tentativas Villifranchi da Volterra y Alejandro Tassoni, el célebre autor de *La Secchia rapita*. Este tituló el suyo *Dell' Oceano*, pero sólo alcanzó á escribir un breve canto en octavas, y estrofa y media del segundo. Nada anuncia en este fragmento un buen poema, pues el autor se pierde desde el primer instante en fantasías y encantamientos indignos del asunto. Otra cosa hacía esperar, sin embargo, la juiciosa carta que lo precede, dirigida á un amigo que le había pedido su opinión sobre dos cantos que llevaba escritos. En esa interesante carta, Tassoni atribuye el fracaso de Stigliani, de Villifranchi y de tres más que no nombra, al error de haber tomado como tipo *La Jerusalén libertada* y la *Eneida*, en vez de la *Odisea*, que es el que, á su juicio, conviene al asunto. Censura también con razón el empeño de convertir á Colón en guerrero, haciéndole desembarcar en la isla con un ejército y librar combates con los indios. En cuanto á los amores, dice que se ha de proceder con gran cautela, teniendo en cuenta la condición de las indias, y haciendo más bien enamorar á éstas de los europeos, que á los europeos de ellas.

Posteriormente, Benamati, imitador de Marini, escribió *Il Nuovo Mondo*, el académico de la Cerusca, Bartolommei, *L'América*, Alvise Enerini *L'Ammiraglio delle Indie*, y Bellini *La Colombiade*. Ninguno de estos poemas excede de la más común medianía.

El último de los publicados en la lengua oficial de Italia es el *Christoforo Colombo* de Lorenzo Costa ¹, en verso suelto y en ocho libros, y no hay duda de que es el de mayor mérito literario de cuantos en ella se han escrito. Algunos críticos italianos lo elogiaron mucho, pero el público lo ha mirado con cierto desvío. En realidad, es más bien obra de literato que de poeta, y la parte de poesía que en ella hay se muestra sólo en una larga y trágica aventura de amor, que nada tiene que ver, naturalmente, con la acción histórica del poema. Los amores de Diego Colón (que el autor supone haber acompañado á su padre en el primer viaje) con Azema, descendiente de Teodisio Doria, nacida en América y allí encontrada por los descubridores, su muerte y entierro, son, sin duda, interesantes, y demuestran facultades poéticas; pero tal invención no puede ser más incongruente con la índole del poema. En todo lo demás, que es lo esencial, falta fantasía y vigor poético y sobran pretensiones de estilo y remedos leopardianos. No escasean las digresiones supérfluas y pedantescas, como la larga descripción de las máquinas de vapor, con motivo de la tempestad que sufrió Colón en su regreso á Europa, el cántico religioso, no menos largo, en que prorrumpe Colón, acompañado por los circunstantes, en la solemne recepción de Barcelona, y la corrida de toros, unida á una nueva aventura de Diego Colón, con que el poema termina. Se sigue en él el orden cronológico, desde los primeros hechos de Colón.

Hay todavía un poema más moderno en Italia, pero escrito en dialecto genovés. Su título es *Á Colombiade* ², y consta de veinte cantos en octavas reales. Del nom-

¹ Génova, 1846. Una segunda edición se ha hecho en Turín, en 1858.

² Zena (Génova), 1870.

bre del autor sólo lleva las iniciales L. M. P.; pero en el ejemplar que perteneció á D. Juan María Gutiérrez, y que he tenido á la vista, encima de ellas está escrito con lápiz el nombre íntegro: Luis Martín Piceggio, ignoro con qué fundamento. El plan del poema difiere del de los anteriores. Comienza en pleno viaje del descubrimiento, y después de desembarcar en la nueva tierra, Colón relata á sus compañeros las vicisitudes de su vida y los antecedentes de la empresa. Se narran en seguida diversos episodios y aventuras amorosas entre los descubridores y las indias, y Colón, habiendo conocido por medio de un ángel que se lo muestra en conjunto, todo el continente americano, su naturaleza, sus habitantes, y sus futuros destinos políticos hasta la venida de Garibaldi al Plata, emprende el viaje de regreso y es recibido con triunfal pompa en Barcelona. La mayor desventaja del poema es el estar escrito en el intolerable dialecto genovés, incompatible con toda eufonía y toda tersura y transparencia de estilo, sin que tampoco ofrezca el rústico atractivo de las lenguas primitivas, tan enérgicas, ingenuas y sabrosas en medio de sus imperfecciones. Así y todo, este poema es, en mi sentir, el más estimable de cuantos sobre el mismo asunto se han compuesto en Italia. Tiene el autor verdaderas facultades narrativas, y aunque es cierto que incurre también en la tentación de inventar lances y aventuras de amor, y no es muy respetuoso con la historia, pues pone entre los compañeros de Colón en su primer viaje á sus hijos Diego y Fernando, y hasta... al padre Marchena, ostenta en eso mismo más sobriedad y más tino que sus predecesores, y no olvida tan fácilmente como ellos la índole del poema ni la impresión que debe resultar del conjunto. Bien que sea una incongruencia histórica el hacer sabedor á Colón de la geografía americana, considerando el episodio en sí mismo, lo mejor de la obra es la visión general de América, que el ángel presenta al descubridor. La descripción de América, aunque no sea del natural, está hecha discreta y á veces hermosamente, con bastante exactitud de datos. Sobresale en ella la parte dedicada al Niágara y al Cóndor. También merece aplauso, por lo animado y bien hecho, el cuadro final en Barcelona al llegar Colón vencedor.

Tengo, por último, noticia, aunque no de fuente segura, que Isidoro del Lungo, profesor de literatura en Florencia, ha escrito un canto épico á Colón.

En el siglo pasado se escribieron en Francia dos poemas sobre el descubrimiento de América. El primero se debe á Mad. Dubocage ¹, poetisa que alcanzó alguna boga en su tiempo y obtuvo los aplausos y la amistad de Voltaire. Consta el poema de diez cantos no extensos y está dedicado al Papa Benedicto XIV, sin duda por la idea religiosa que presidió á su composición y que revela su título. No hay duda de que fué favorablemente acogido por los hombres de letras, y aun tuvo la fortuna de que varios escritores italianos, entre los cuales hay que contar al mismo Parini, emprendieran su traducción. El poema, sin embargo, es uno de los más insípidos frutos del pseudo-clasicismo francés en su última época. El deterioro de los moldes tradicionales y el agotamiento de la escuela se ve patente, así en las formas generales

¹ *La Colombiade, ou la Foi portée au Nouveau Monde*. París, 1756.

como en la anemia del estilo, sin color ni sabor alguno. Colón llega á América como guerrero y conquistador, con navíos bautizados con nombres clásicos (Alcides, Orfeo, etc.), y con ejército numeroso; celebra alianzas con jefes indígenas y da batallas en toda regla, animando á los suyos con arengas militares. Enamórase, además, perdidamente de Zama, hija de un anciano cacique á quien Colón relata sus aventuras y pone al tanto de las creencias y de la civilización europea, y de estos amores, trágicamente terminados por la muerte violenta de Zama, y del despecho y celos de la poderosa reina Vascona, que en vano ofrece á Colón mano é imperio, derivan los hechos principales y la catástrofe del poema. No es menester añadir más.

Mucho más largo, aunque no mejor, es el segundo poema, á que me he referido, en dos partes y veinticuatro cantos, anónimos ¹. El autor, según lo dice en el prólogo, residió largo tiempo en Santo Domingo, y allí escribió, en todo ó en parte, su poema. Tiene más sabor histórico que el anterior, pero es más tosco, informe y prosaico, como que el autor confiesa que no era poeta ni sabía hacer versos. En la obra de Dubocage, no obstante su insignificancia, nótese siquiera la mano de un escritor de oficio. En el que ahora me ocupa hay gran profusión de elementos sobrenaturales, de ángeles y demonios, en favor y en contra del Héroe. Colón se enamora también, aunque platónicamente, de una princesa indígena, y la verdad le hace ver en un espejo los destinos de América y de Europa. Casi todo el poema pasa en las islas descubiertas, á uno de cuyos caciques explica Colón los dogmas y la pasión y vida de Cristo.

No escapó el magnífico asunto á los ambiciosos proyectos poéticos de Andrés Chénier, sólo manifestados en esbozos y fragmentos á causa de su temprana muerte. Su constante anhelo de aplicar libre y originalmente las grandes cualidades del arte antiguo al mundo moderno, infundiéndoles aliento de vida nueva, para hacer obra perfecta y viva, llevó desde temprano su imaginación hacia el Nuevo Mundo, en busca de no explotados tesoros. Ya en el poema *La Invención* mostraba seductoramente á los poetas.

*Une Cybèle neuve et cent mondes divers
Aux yeux de nos Jasons sortis du sein des mers.
Quel amas de tableaux, de sublimes images,
Naît de ces grands objets réservés á nos âges!
Sous ces bois étrangers qui couronnent ces monts,
Aux vallons de Cusco, dans ces antres profonds,
Si chers á la fortune et plus chers au génie,
Germent des mines d'or, de gloire et d'harmonie.*

Queriendo unir á la invitación el ejemplo, en el plan de su grandioso poema *Hermes*, de que apenas escribió algunos fragmentos, había dado lugar á un cuadro sobre

¹ *Christophe Colomb, ou l'Amérique découverte*. Paris, 1773; 2 vols. Según anotación de D. Juan María Gutiérrez en el ejemplar que fué suyo, en el Catálogo de Andrada, número 1785, se halla el siguiente título: BOURGEOIS.—*Christophe Colomb, ou l'Amérique découverte*. Poema en dos partes. Paris, 1777. El título coincide, como se ve, perfectamente, y la diferencia de fecha puede atribuirse á error, ó á la existencia de otra edición.

el descubrimiento y conquista de América ¹. No contento con esto, el gran poeta acabó por concebir y planear un vasto poema titulado *América*, en el cual, según anotación suya, se proponía presentar «un cuadro rápido y vivo de toda la historia del mundo.» El descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, la descripción de las diversas razas en él esparcidas, de sus animales, vegetales y minerales, así como la influencia de aquél en los destinos del mundo, debían ser el asunto principal del poema. Por desgracia, sólo quedan cortos fragmentos ². En el segundo de los dos más conocidos y primitivamente publicados, puede verse patente la influencia del autor de *L'Aveugle* sobre la manera descriptiva de Bello:

*Le soleil ne sait point sur leurs arbres profanes
Mûrir le doux coco, les mielleuses bananes,
Leurs champs du beau maïs ignorent la moisson...*

El primer poema inglés sobre Colón pertenece á un norte-americano: Ioel Barlow ³. Divídese en diez libros. El autor, que ha descubierto en el sentido moral de los poemas de Homero una de las mayores desventuras de la humanidad, dice en su prefacio que el sentido real del suyo es «mostrar como todos los bienes morales, el buen gobierno y las esperanzas de una paz permanente, deben fundarse sobre la base del principio republicano». Fácil es sospechar el valor artístico de un poema sobre Colón escrito con tal propósito. La invención consiste en presentar al gran navegante en la prisión, quejándose de la ingratitud humana ante la empresa que ha llevado á término y que recuerda en alusión ligerísima. Aparécese entonces Héspero, genio guardián del continente occidental, quien le arrebató de la cárcel y le lleva consigo á la cumbre de la *montaña de la visión*, en la costa occidental de España. Muéstrale allí, en una serie de apariciones, el continente americano; describe su naturaleza y producciones, narra la historia ante-colombina de sus principales pueblos, la destrucción de éstos por los conquistadores, sus vicisitudes futuras, el establecimiento de las colonias inglesas en la América del Norte, su historia, la guerra de la independencia contra Inglaterra, *in extenso*, el cuadro general de Europa después del descubrimiento de América, y la influencia que ejerció en aquélla el gran suceso; los progresos del comercio, la industria, las ciencias, la filosofía y las artes, en relación con su estado en los pueblos de la antigüedad, y termina extendiendo la visión sobre el mundo entero y profetizando un progreso constante y una gran asamblea de naciones para establecer la paz y la armonía universal. Tal modo de concebir el poema, no exento por cierto de amplitud, tiene el fundamental defecto de dejar fuera de la acción, y por consiguiente de la obra misma, los hechos y el carácter de Colón. Éste no es más que un mero espectador, por arte sobrenatural, de lo que hubo en el mundo, antes de él, y de las verdaderas y supuestas consecuencias de su

¹ Véase la edición crítica de Chénier, de 1872, por Becq de Fouquières, pág. 384, XII.

² Donde pueden leerse en mayor número es en la edición de Gabriel de Chénier, París, 1874, en tres volúmenes (donde se hallan también largos apuntes del poeta que revelan su plan vastísimo), y en la magnífica edición de Becq de Fouquières, de 1888.

³ *The Columbiad*, Philadelphia, 1807.

acción en la historia. Es una *Colombiada* sin Colón, lo cual no deja de ser curioso. Pero aunque la obra descubre, más que á un pensador, á un declamador humanitario del siglo XVIII, no hay duda de que la mayor debilidad del poema reside en la ejecución y el estilo. Falta á Barlow vigor de fantasía é intensidad de afectos, y su estilo, sin carecer de naturalidad, es pesado y frío, por lo cual, sin duda, el historiador de la literatura norte-americana, Richardson, califica al autor de *épico plúmbeo*¹. Es, sin embargo, uno de los que con mayor seriedad han tratado el asunto. *The Columbiad* fué precedido por un ensayo menos extenso, pero no más afortunado, bajo el título de *The Vision of Columbus*. Mucho más feliz fué el autor en su poema cómico-heroico *Hasty-Pudding*.

El último de los poemas narrativos sobre Colón, de que debo hacer mérito, es, sin disputa, el mejor de todos y notablemente bello en sí mismo, aunque todavía no alcance la amplitud y grandeza que la importancia del tema dan derecho á exigir. Me refiero al poema *The voyage of Columbus*, del poeta inglés Samuel Rogers. Publicóse por primera vez en 1810, en una corta edición destinada á los amigos del poeta, y luego en 1812, junto con sus otros poemas. El autor de *The pleasures of Memory*, llamado por Byron *el melodioso Rogers*, se distinguió mucho más por el esmero y exquisita finura de sus versos, en el gusto de la poesía inglesa del siglo XVIII, que por la intensidad y el vigor de su inspiración. Anunciado durante mucho tiempo, y publicado después de doce á catorce años de silencio, quizá por esto mismo la impresión que *The voyage of Columbus* produjo en Inglaterra no correspondió á la expectativa general. Hubo, sin embargo, diversidad de opiniones, pues mientras la *Edinburgh Review* lo apreció en mucho, el fallo de la *Quarterly Review* le fué más bien desfavorable. Menos acabado y perfecto en sus detalles que el otro poema citado (del cual dijo Byron que no contenía una línea vulgar), y que su *Epistle to a friend*, *The voyage of Columbus* ofrece en cambio más calor de alma, mayor audacia y vigor de fantasía, más riqueza



¹ *American literature, 1607-1885. New-York and London, 1889, pág. 12.*

y brillo de estilo y mucho más interés humano, hasta el punto de señalar un verdadero cambio de rumbo en la inspiración del poeta y una como transacción ó acuerdo, según la crítica inglesa de nuestros días, entre la antigua escuela de poesía reflexiva y la nueva escuela narrativa. Dió en tal sentido impulso al movimiento literario inglés, y Byron, reconociendo que había escrito el *Giaur* sobre el modelo del *Columbus*, se lo dedicó á Rogers. Todo esto demuestra que se trata de una obra interesante y nada vulgar.

El poema está escrito de intento fragmentariamente, en doce cantos cortísimos, en los cuales se narran y pintan sólo los momentos más culminantes del viaje y el descubrimiento, á la manera que solía hacer Chénier con los poemas que esbozaba y que acaso nunca se habría decidido á *rellenar*. Adviértese en el prefacio que las transiciones son rápidas, y que se deja mucho para que lo imagine el lector. La forma general del *Columbus* es muy diferente de la de los demás que sobre el mismo tema se han escrito. Finge el poeta que no hace sino traducir un manuscrito español hallado en el convento de la Rábida, cuyo autor se da por compañero de Colón en su gran viaje, cosa que el *traductor* inglés no cree, por parecerle, astutamente, que el estilo es de época posterior. Esta ficción le permite dar al poema un tinte tradicional de sabor excelente, admitiendo naturalmente como *máquina* las creencias y supersticiones propias del tiempo, de que el poeta se ha informado con esmero en los escritos de los cronistas españoles de Indias. En cambio, tiene esto el inconveniente de presentar á veces como legendaria una acción de tan viva y hermosa realidad, de tan inmensa repercusión en el mundo. Fuera de la introducción y el epílogo, poco ligados al poema, comienza éste con el viaje mismo; narra sus peripecias, pinta la angustia y la solemnidad de la expectativa, el descubrimiento, la naturaleza y los indígenas de la isla, y termina con la visión de un ángel que ordena á Colón la vuelta á España y le predice sus futuras desdichas personales, al par que las grandes y felices consecuencias de su obra. Bellezas de ejecución tiene muchas el poema, y de la mejor ley. Son notables, entre otros, el trozo relativo al descubrimiento mismo y el que pinta la sorpresa causada por los españoles en los sencillos isleños. La figura de Colón está presentada con dignidad y grandeza. En la profecía final del ángel, píntase á América (aludiendo especialmente á los Estados Unidos) como el futuro refugio de los oprimidos de Europa, los cuales vendrán á fundar en ella el imperio de la libertad y una vida más amplia y generosa. La época en que el poeta escribía, llena para Europa de incertidumbres, convulsiones y catástrofes, mientras la República norte-americana se levantaba joven, libre y poderosa, explica perfectamente en su espíritu este hermoso pasaje:

*Not thine the olive but the sword to bring,
Not peace, but war! Yet from these shores shall spring
Peace without end, from these, with blood defiled,
Spread the pure spirit of thy Master mild!
Here, in His train, shall arts and arms attend,*

*Arts to adorn, and arms but to defend.
Assembling here, all nations shall be blest;
The sad be comforted; the weary rest;
Untouched shall drop the fetters from the slave;
And He shall rule the world He died to save!*

Y el bello poema termina con estos altos y elocuentes conceptos, dignos del héroe, que consolándolo de las desventuras que todavía le aguardan, dirige el ángel á Colón:

*White to the starry sphere thy name shall rise,
(Not there uneung thy generous enterprise!)
Thine in all hearts to dwell by Fame enshrined,
With thoses, the Few, that live but for Mankind;
Thine evermore, transcendent happiness!
World beyond world to visit and to bless.*

En la literatura alemana, ni en las demás modernas europeas, no tengo noticia de que se haya escrito poema alguno narrativo sobre Colón.

Creo que en el precedente análisis queda comprobado cuanto asenté al principio sobre las dificultades del tema y los grandes y quizá inevitables escollos que por todas partes le rodean. Puede también observarse que ellos se aumentan para los poetas extranjeros, por el empeño, nacido de las rivalidades de nación ó de raza, y de una historia informal, de declamar contra España, exagerando sus yerros y atenuando considerablemente sus glorias, y presentando como dissociada y hasta contraria, su acción histórica, de los anhelos y de la empresa sublime del descubridor de América. De los hombres ilustres que decisivamente cooperaron en ella, casi no se habla; de mala gana y ligeramente se pasa sobre el hecho inconmovible, que se alza solo como una montaña, de haber sido España, al fin y al cabo, la única nación que acogió á Colón, y le dió amparo, y creyó en su genio, y le otorgó altos títulos y eficaces medios para hallar el camino de la gloria y engrandecer enormemente el mundo civilizado. En cambio, su prisión, hecho accidental llevado á cabo arbitrariamente por un malvado, censurado y reparado en el acto por los Reyes Católicos, se convierte en suceso capitalísimo y representativo de la conducta de España. De la conquista no se hable: ella ha sido, desde el abate Raynal, el tema favorito de todos los declamadores. La acción de Colón resulta así en los poemas, y también en algunas historias, como sobrenatural ó milagrosa, y perdiendo toda luz y todo sabor de realidad, queda envuelta en las nieblas de lo puramente fantástico. Esperemos el día en que un gran poeta, libre el espíritu de pasiones bastardas y preocupaciones vulgares, alce á Colón, en el campo del poema narrativo, un monumento digno de su gloria.

CALIXTO OYUELA

Buenos Aires, Noviembre 1892.